

tros seremos revelación y libro abierto para nuestros hermanos.

Quizás una de las cosas más difíciles de transparentar son nuestras propias debilidades. Muchas personas hacen esfuerzos continuos para que no se les note en la vida social aquellos fallos humanos o espirituales que hay en su vida, para evitar que los otros les desprecien, o para evitar el posible escándalo.

Pero en una comunidad verdadera no hay que tener este miedo. La transparencia supone una actitud de acogida mutua. "Acogidos mutuamente como os acogió Cristo" (Rm 15, 7). Sé que mis defectos no van a provocar rechazo, sino que van a ser acogidos con amor. Mi debilidad es un tesoro para la comunidad porque les da a los demás la oportunidad de ponerse a mi servicio, de preocuparse de mí, y ejercitar el amor. La transparencia supone una sintonía de corazones en la que se que lo mío les interesa a los demás, porque hay "un mismo sentir de los unos para con los otros" entre hermanos que se alegran con los que están alegres y lloran con los que lloran (Rm 12, 15-16). Ya no estoy obligado a mantener una máscara, una imagen falsa de mí que me obligue a vivir en tensión continua nerviosa para estar a la altura de las expectativas de los demás, o para que no se trasluzcan en un momento mis defectos y arruine mi imagen pública que tan laboriosamente he ido labrando día a día.

Y a esto ayudará mucho el saber que también los demás transparentan ante mí sus dificultades y su debilidad. Así comprenderé que al recibir su confianza no empeora la imagen que de ellos tengo, sino que al contrario, les amo más. "Ayudados unos a otros a llevar vuestras cargas y así cumpliréis la ley de Cristo" (Ga 6, 2). Sólo si conozco la carga de mi hermano podré ayudarle. Sólo si doy a conocer la mía podré ser ayudado. En una comunidad día a día se van cambiando las tornas. Un día me toca ser el débil que necesita ser ayudado. Al día siguiente me toca ser el fuerte que ha de ayudar a un hermano que se siente muy débil. Pues "toca a los fuertes sobrellevar las flaquezas de los débiles" (Rm 15, 1).

### 3. SOMETIMIENTO

La comunidad de Jesús no es un grupo pofofo, invertibrado, sino que consta de distintos miembros y funciones, entre los que destaca el servicio de la autoridad.

una vida nueva, el paso de la adolescencia a la madurez, del egocentrismo a la solidaridad, del dilettantismo a la responsabilidad. Y al hacernos siervos los unos de los otros por amor, encontramos nuestra liberación más auténtica.

### 2. LA TRANSPARENCIA

En el libro del Génesis uno de los efectos de la irrupción del pecado en la vida es el de la *incomunicación entre los hombres*. Antes del pecado de Adán y Eva estaban desnudos y no se avergonzaban. Después de pecar sienten la necesidad de cubrirse con vestidos.

En esta bella imagen del vestido y la desnudez está reflejando la Escritura dos situaciones comunitarias. El vestido viene a representar la necesidad de cubrirse, de taparse, de ocultarse ante los demás. Después de haber entrado el pecado en nuestras relaciones, sentimos la necesidad de ocultar nuestra intimidad, de escondernos tras máscaras y caretas. En un mundo en el que el hombre es lo bo para el otro hombre, hay que procurar a toda costa no hacer confidencias que puedan dar al contrario armas para utilizar contra nosotros. Como en un juego de baraja, el hombre procura ocultar el mayor número de sus cartas ante otros jugadores en competencia.

Otra bella imagen con la que el Génesis expresa esta incomunicación causada por el pecado, es la de *la confusión de lenguas* en Babel. Los hombres pasan a hablar distintos idiomas, dejan de comprenderse. Es la experiencia de muchos grupos y familias que, aún hablando el mismo idioma, hablan de hecho lenguajes muy distintos que no comunican, sino que aíslan y dividen. Frente a este destrozo del pecado, Jesús ha venido a restablecer los lazos y la comunicación mediante la transparencia de las conciencias dentro de una comunidad. El otro deja de convertirse en un peligro para mí. El "otro" no es ya un enemigo potencial ante quien debo ocultarme, sino que es "mi hermano" a quien amo y por quien me siento muy amado.

La amistad es transparencia. El mismo Jesús transparentó todos sus secretos ante sus amigos. "A vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído de mi Padre os lo he dado a conocer" (Jn 15, 15).

Si el Señor nos hace de verdad amigos, ya no habrá secretos entre nosotros. Jesús es la revelación del Padre, y nosotros

es esencial para la existencia de una comunidad cristiana. Si sólo se juntan las convenientes particularidades no hay una base sólida para ningún proyecto comunitario. Hay muchos "yo", pero no hay "nosotros". Nadie puede contar conmigo, pero tampoco puedo yo contar con nadie, porque todo depende en definitiva de sí a él y a mí nos conviene en ese momento el ayudarnos.

Sólo en el verdadero compromiso se crea un espacio de libertad y el hombre se libera de la tiranía de los impulsos del momento que pueden echar a perder todo el proyecto de una vida.

A veces prolongamos indefinidamente una situación de búsqueda, dando lugar al compromiso, hasta estar seguros de si "esa chica me conviene" o "esa comunidad me conviene". Y así hay personas que no "se casan con nadie", que van de novia en novia, o de comunidad en comunidad. En cuanto a la relación comienza a comprometerles un poco, se echan atrás, y comienzan de nuevo una nueva experiencia. Este horror al compromiso es en el fondo una enfermedad psicológica que debe ser sanada por Dios. Quienes van mariposeando de comunidad en comunidad, haciendo continuas "experiencias" se quedan sin experimentar lo mas maravilloso que hay en la vida, que es precisamente la experiencia del compromiso.

Decía Saint Exupéry en su pequeño principio, que sólo se ama aquello de lo que uno se ha hecho responsable. Mi rosa no es necesariamente la más bonita que existe en el mundo, pero es la mía, la que yo cuido: esto la hace más preciosa y familiar que, aún hablando el mismo idioma, sólo llegamos a conocer y a amar profundamente a las personas con quienes nos hemos comprometido y que sentimos comprometidas con nosotros. Si amo a mi rosa no es porque sea la más bonita, sino porque me he comprometido con ella para intentar que lo sea, amándola y cuidándola.

Comprometerse es escoger, pero escoger es también renunciar. Quienes no quieren renunciar a nada se quedarán sin nada. Escoger una comunidad es renunciar a otras muchas posibles, quizá mejores. Pero nunca se debe esperar a encontrar una comunidad perfecta para comprometerse con ella, pues la comunidad es ante todo un proyecto, una ilusión a realizar en común.

El echar raíces en un compromiso es una muerte de otros miles de experiencias y comunidades posibles. Pero como toda muerte, es una Pascua, es inicio de

por Juan Manuel Martín

# LAS RELACIONES INTERPERSONALES EN LA COMUNIDAD CRISTIANA

La comunidad cristiana es las primicias de Jesús resucitado. De su corazón abierto brota la sangre y el agua que simboliza el Espíritu derramado sobre la humanidad para crear una comunidad nueva, un pueblo de alabanza. Aquella primera comunidad de Jerusalén, configurada por el don del Espíritu en Pentecostés, será siempre el modelo y el último punto de referencia para cualquier proyecto cristiano de comunidad.

Si miramos la comunidad como aspiración constante del corazón del hombre, nos descorazonaremos al constatar el fracaso continuo de todos los proyectos comunitarios humanos: familias, comunas, asociaciones vecinales, comunidades políticas... La comunidad es una utopía, un horizonte que el hombre sueña sin llegar nunca a alcanzar.

Sólo en el Espíritu de Jesús resucitado se hace posible esta utopía humana. Porque la comunidad no es nunca un proyecto del hombre, sino un don de Dios que hay que acoger con alegría.

Trataremos en este artículo de las cuatro estructuras básicas que deben regular las relaciones interpersonales dentro de la comunidad. Sólo si las consideramos como un don de Dios y no como una obligación jurídica, serán estas exigencias un yugo suave y una carga ligera, y la convivencia íntima se convertirá en fuente de un profundo gozo.

En el pasaje del endemoniado de Gerasa se nos habla de un pobre hombre solo, desnudo, que habitaba en los sepulcros, vociferaba y se hería a sí mismo con piedras. Muchas veces hablaban con él, pero rompía todas las ligaduras.

Este podría ser el símbolo de uno de los demonios que más frecuentemente se poseionan del hombre de hoy: el espíritu de la insolidaridad, la independencia, el aislamiento. A aquel hombre muchas veces la comunidad había intentado ligarlo con lazos, pero los rompía todos y vociferaba su independencia.

## 1. EL COMPROMISO

Hay personas que por una inmadurez afectiva radical son incapaces de crear relaciones estables comprometidas. Se resisten a cualquier tipo de solidaridad. Les horripila la responsabilidad. Pero esta libertad viene a ser la más horrible de las esclavitudes: la esclavitud a los momentos de ánimo, a los caprichos del momento, a los vaivenes emocionales.

El querer ser libre para hacer en cada momento lo que más apetezca, sin tener en cuenta los posibles intereses de otras personas implicadas en mi vida, es la mayor de las esclavitudes. No hay despotas más tirano que el propio yo, caprichoso, brutal, siempre insatisfecho.

Hay personas que por una inmadurez afectiva radical son incapaces de crear relaciones estables comprometidas. Se resisten a cualquier tipo de solidaridad. Pero esta libertad viene a ser la más horrible de las esclavitudes: la esclavitud a los momentos de ánimo, a los caprichos del momento, a los vaivenes emocionales.

El querer ser libre para hacer en cada momento lo que más apetezca, sin tener en cuenta los posibles intereses de otras personas implicadas en mi vida, es la mayor de las esclavitudes. No hay despotas más tirano que el propio yo, caprichoso, brutal, siempre insatisfecho.

La verdadera libertad del hombre no es la independencia insolidaria, sino los lazos del amor. "Habéis sido llamados a la libertad, sólo que no hagáis de esta libertad pretexto para la carne, antes por el contrario, haceros siervos los unos de los otros por el amor" (Ga 5, 13).

La libertad nos lleva a hacernos siervos por el amor. La madre que cuida de sus hijos ha perdido toda su independencia. Ya no vive para sí, se ha hecho sierva, pero sierva por amor. Lo que diferencia al compromiso cristiano de la esclavitud es el amor. Y el amor es profundamente liberador, pues en él solamente puede el hombre sentirse plenamente realizado.

Desaparece el yo para dar lugar a un "nosotros". Y en esta medida nos sentimos ampliado, enriquecido, multiplicado, dentro de la comunidad.

El paso de las relaciones de convivencia a las relaciones de compromiso

46

En su etimología latina autoridad significa hacer crecer, la fuente del crecimiento. Desgraciadamente se ha abusado tanto de esta palabra que hoy día llega a sonar mal a los oídos de muchos cristianos.

Se ha concebido la autoridad demócrata o burocrática o cuartelera. El modelo del liderazgo no ha sido tanto el evangelio como las cortes imperiales, o las oficinas de las multinacionales o los cuarteles militares. Esto ha provocado en muchos un rechazo instintivo de la palabra autoridad que nos hace pedir mil disculpas antes de usarla.

Sin embargo, en la comunidad evangélica hay una autoridad "en el Espíritu". Debemos ser sanados por el Señor de los traumas que el mal uso de la autoridad nos haya producido, para poder acercarnos con una mente abierta y sin prejuicios a este aspecto básico de la comunidad.

Frente a la autoridad "en el Espíritu" corresponde una actitud de *sometimiento*: palabra de honda raíz ambrosiana. Ya Jesús estuvo sometido a sus padres (Lc 2, 51). Esta misma palabra la usa el Nuevo Testamento para designar la actitud de los miembros de la comunidad para sus dirigentes. "Someteos unos a otros en el temor de Cristo" (Ef 5, 21) o "Como en todos los demás aspectos, se trata de un sometimiento en el Espíritu. No es la sumisión servil, ni la sumisión adulatoria, ni la sumisión irresponsable, ni la sumisión de los inseguros que se arriman a una personalidad fuerte, ni la sumisión perzosa de quien no quiere molestarse en tomar decisiones y prefiere que le den las cosas hechas.

La sumisión cristiana nace de unos presposiciones: una fe viva en la presencia de Cristo en la comunidad, en todos los hermanos, y de una manera especial de aquellos "que nos presiden en el Señor" (1Ts 5, 12); la conciencia humilde de quien estima a los demás como superiores a uno mismo (Fip 2, 3); el temor a la posibilidad del autoengaño y del subjetivismo. Todos estos presposiciones llevan a dar un gran valor al juicio de los hermanos que aportan un punto de vista externo, objetivo; especialmente cuando se trata de hermanos que nos aman, que están dotados del carisma del discernimiento, que desean sobre todo nuestro bien y nuestro crecimiento en el Espíritu. Pueden suponer una gran ayuda para salir del círculo cerrado de nuestro subjetivismo, de nuestras racionalizaciones,

Esta espiritualidad del sometimiento dentro de la comunidad puede expresarse de miles maneras distintas. En las comunidades de alianza que han surgido a partir de la experiencia de Ann Arbor suele ejercitarse mediante la figura del "head" o "cabecera", que otros traducen al español como "pastor" o "hermano mayor". Cada miembro de la comunidad tendría así un hermano mayor; este hermano de mayor experiencia de la vida en el espíritu y de mayor discernimiento, le serviría como guía en su crecimiento y le arrancaría de su propio subjetivismo. El hermano mayor es considerado ante todo como un don del Señor. Entre ambos se desarrolla una gran amistad, una entrañable fraternidad sin

de nuestra tendencia continua a encontrar razones aparentes para justificar lo que en el fondo sólo deseamos por motivos que no nos atrevemos a confesar a nosotros mismos.

Pero el presupuesto central de la sumisión es el sentirse amados. El cristiano no busca la voluntad de Dios en su vida no se somete a una instancia burocrática lejana, que estaría dotada de una infalibilidad automática "ex opere operato" por el mero hecho de ser autoritativo "legítima". El cristiano se somete a aquellos hermanos por quienes se siente conocido y amado de una manera cordial y próxima, en la que se ha dado un diálogo franco y una transparencia mutua.

Ciertas cosas que en otro tiempo parecían exclusivas de las comunidades religiosas, están pasando hoy a considerarse patrimonio común de toda vida cristiana "normal". Gracias a Dios se han ido difuminando cada día más los límites entre la vida religiosa y la vida secular. La llamada a la comunidad no es exclusiva de los religiosos, sino que es parte de toda vocación cristiana. Por lo mismo la llamada a la comunión de bienes no es exclusiva de quienes tienen voto de pobreza, sino que es esencial en cualquier proyecto comunitario que se llame cristiano.

La comunidad de Jerusalén no es sólo un modelo de las órdenes religiosas, sino que debe ser modelo e inspiración de

4. LA COMUNIDAD DE BIENES

paternalismos, mediante el diálogo fraterno y el amor. Sólo los que han experimentado cuánto les ha ayudado esta relación pueden dar testimonio eficaz de cómo este tipo de sometimiento no asfixia sino que ayuda al crecimiento en el Señor: en el contexto de esta amistad, la corrección fraterna resulta fácil y aun gozosa porque se ve iluminada por el amor y la consideración hacia aquellos que "trabajan entre vosotros, os presiden en el Señor y os amonestan" (1Ts 5, 12).

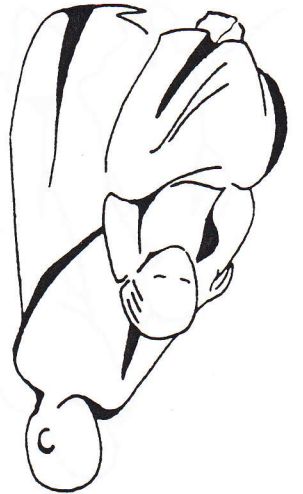
"... siendo todos del mismo sentir, con un mismo amor, un mismo espíritu, unos mismos sentimientos..." (Fip. 2, 2)



"...no os olvidéis de hacer el bien y de ayudarnos mutuamente: estos son los sacrificios que agradan a Dios..." (Hb 13, 16)



"... aydaos mutuamente a llevar vuestras cargas y cumplid así la ley de Cristo..." (Ga 6, 2)



"... acogeos mutuamente como os acogió Cristo para gloria de Dios..." (Rom 15, 7)



"Dios su don particular, unos de una manera, otros de otra" (1Co 7, 7).  
Este don particular de cada uno para la comunidad hay que irlo descubriendo para ponerlo al servicio de todos para la edificación mutua. "Que cada cual ponga al servicio de los demás la gracia que ha recibido, como buenos administradores de las diversas gracias de Dios" (1P 4, 10).

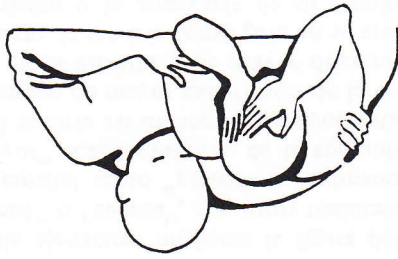
La comunidad debe ayudar a cada uno a descubrir su don y exhortarle a que lo ejercite. Pero ante todo hay que saber que nuestro mayor don somos nosotros mismos, la presencia siempre puntual, siempre activa, siempre benevolente y positiva. Como irradiaciones de esta presencia, ¡qué maravillosa variedad de dones! el ministerio de la dulzura, el de la escucha atenta, el del servicio en cosas pequeñas, el de la reconciliación, el de decir siempre la verdad, el del discernimiento, el de la sonrisa, el de la enseñanza; el carisma de hacer sentirse a los otros a gusto, el de apaciguar las discusiones; el ministerio profético de la palabra oportuna para cada situación; el don de la imaginación y la creatividad, el de la organización y coordinación, el de la curación interior y física, el del conocimiento profundo de la Palabra de Dios; el don de contagiar efusivamente a otros el espíritu de alabanza, el de alentar e inspirar la música y el canto, el de hacer presente la gracia de Dios por medio de los sacramentos de la Iglesia.

Cuando todos han puesto en común sus dones se consigue que "siempre este completo el cuerpo que formamos en Cristo y cada uno respete en su prójimo el carisma que ha recibido" (S. Clemen-te a los Corintios). Símbolo vivo y visible de esta comunión será la comunidad de bienes materiales a la que nos hemos referido antes. Sin ella nunca podrá existir una comunidad cristiana.★

entre todas nuestras comunidades. Hacia este modelo deben irse aproximando todas nuestras comunidades. No es posible hablar de verdadera fraternidad si no se da la comunión íntima. El amor, o se da entre iguales, o hace iguales. "Si alguno posee bienes de la tierra, ve a su hermano padecer la necesidad y le cierra el corazón, ¿cómo Dios?" (1Jn 3, 17). El amor nos convierte en vasos comunicantes en los que siempre existe un mismo nivel. Este concepto de igualdad es básico en el pensamiento de san Pablo: "Al presente vuestra abundancia remedia su necesidad, para que la abundancia de ellos pueda remediar también vuestra necesidad y reine la igualdad" (2Co 8, 14).  
La manera concreta como se realiza esta comunión de bienes puede ser muy diversa. Cada comunidad irá concretando en medidas prácticas esta espiritualidad e irá creciendo progresivamente en ella. Puede ir desde una ayuda más o menos esporádica a algún miembro de la comunidad que se encuentre enfermo o en paro hasta la total puesta en común de las propiedades.

Entre medio caben muchos grados posibles y cada comunidad debe ir discerniendo en qué grado debe situarse. Puede haber una comunión más permanente de una parte de los ingresos, fijando unos mínimos (sistema de los diezmos). O puede darse una comunión en tener una casa de vacaciones en común,

"... alegraros con los que se alegran, llorad con los que lloran..." (Rm 12, 15)



"... y orad los unos por los otros para que sedis curados..." (St 5, 16)

